

RÍOS DE TINTA (Pablo Amargo 2008)

El dibujante Hokusai Katsushika era conocido en Japón como el “loco del dibujo”. Esto era así no porque fuese un demente o perturbado, sino por su obsesión, casi enfermiza, por dibujar. Sin embargo, muchas de las historias que se le han atribuido resultan extravagantes y sorprendentes. Por ejemplo, resulta curioso conocer que a lo largo de toda su vida fue cambiando continuamente de nombre, de modo que es fácil encontrar obras suyas firmadas con seudónimos muy diversos: Shunro, Sori... Esta peculiaridad no se debía a que quisiese ocultarse detrás de una rúbrica por humildad o timidez. Antes bien, se trata de entender la creación como un acto de superación y crecimiento personal, de modo que cada nueva fase vital superada dejaría atrás la piel vieja, como ocurre con los reptiles, reencarnándose en un nuevo artista aún mayor bajo un nombre nuevo.

Hokusai no tuvo una vida fácil. Desde la muerte de sus familiares más queridos hasta la bancarrota a la que le llevó un nieto delincuente, siempre se vio obligado a dibujar realizando grabados y *mangas*. Trabajador infatigable realizaba sus composiciones desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche y así hasta sus 89 años en los que tan sólo suplicaba por tener cinco años más de vida para conseguir dar vida a cada punto y línea de sus composiciones.

Entre otros muchos logros, se le atribuye la realización del cuadro más grande jamás pintado. Harto de que le dijiesen que sólo pintaba cuadros pequeños, decidió pintar un lienzo tan grande como la fachada de una casa. De este modo sustituyó los pinceles y las brochas por grandes sacos de arroz que mojaba en tinta y arrastraba por todo el lienzo atados a unas cuerdas. Después de este enorme esfuerzo que había levantado tanto asombro en las gentes reunidas allí, se lo encontraron al llegar la noche descansando la vista dibujando un par de palomas, no ya en un papel, sino en un grano de arroz.

La historia más curiosa y menos conocida es aquella en la que Hokusai pintó un cuadro mediante unas cuantas gallinas. Resulta que un príncipe deseaba tener un cuadro del pintor japonés. Hokusai dispuso un enorme rollo de papel que desplegó en el suelo y trazó unas líneas onduladas azules. Más tarde agarró diferentes gallinas y mojó sus patas en tinta roja dejándolas correr a lo largo de todo el rollo de papel. La gente que estaba allí congregada no dejó de asombrarse al reconocer inmediatamente al río Tatsouta, cuyas olas arrastran las hojas de arce con la llegada del otoño.

Los grabados del Ukiyo-e y, en concreto, los de Hokusai entraron en Occidente como un torbellino a finales del siglo XIX. Su influencia quedó reflejada en algunos de los artistas más significativos de la época, como fue el caso de Gauguin, Van Gogh o del que será, probablemente, uno de los primeros ilustradores “modernos” Aubrey Beardsley. Sin embargo, no fueron aquellas realizaciones y gestos más espectaculares los que dejaron boquiabiertos a estos artistas. Fueron los silencios, los gestos contenidos, los vacíos de las composiciones, el rigor en el dibujo, la obsesión por el trabajo bien hecho, la humildad del artista y la serenidad de sus grabados los que han hecho de Hokusai una figura admirada hasta nuestros días.